

— Va no más herido, decían de todas las partes del campo, al ver el brillante empuje de la indiada.

Los de las piernas coloradas se desconcertaron; les llovía metralla desde Guadalupe; corrían riesgo de que reaparecieran los indios de Méndez, é inconscientemente empezaron á izquierdear un poco, tratando de subir entre Guadalupe y Loreto.

Nunca tal hubieran hecho; les dejaron acercarse, y cuando Berriozábal, que á la cuenta mandaba aquel punto, les sintió á tiro, ordenó se hiciera fuego. El fuego salía de todas partes: de unos magueyales, donde había permanecido echada pecho á tierra la infantería; de la ceja de una barranquilla, donde estaba un regimiento; de Guadalupe, que dió de nuevo salida á los zacapoaxtlas; y de Loreto, que vomitaba metralla á cuarenta ó cincuenta metros.

Miguel estaba espantado; ni el ruido ni el humo le consentían ver ni oír nada; el silbido de las balas de fusil, el tronar de las de cañón, la explosión de las granadas y los gritos y las voces de mando le tenían suspenso.

Un jefe de quien sólo vió la espada y oyó la voz, gritó algo que Miguel cogió en retazos: *invasor... patria... hijos... México*. La culebra de caballería salió á escape, gritando la chinaca á voz en cuello, blandiendo en el aire las espadas y haciendo detonar en la retina las banderolas y los guiones.

— ¡Viva México!

Y se lanzaron los caballos impacientes, resollando con furia, atropellando, cayendo, levantándose, como si hubieran tenido noción de lo que de ellos se esperaba.

— ¡Ahora es la nuestra!

— ¡Ya era tiempo!

— ¡Ay, poder de Dios!

Miguel no distinguía sino una masa oscura en el centro de la batalla; pero á medida que avanzaba ya veía uniformes é individuos y hasta discernía rostros y facciones. Los franchutes iban casi en dispersión; pero ordenadamente, poco á poco, sin apresuramientos ni terrores. Vieron venir la caballería, y se aprestaron á resistir; Miguel sintió — sintió más que vió — venir á un hombrón negro como la pez, que enderezaba al pobre soldadillo su fusil rematado en un bayoneta triangular. Miguel echó mano de su pistola Lefauchaux, la disparó primera y segunda vez contra el argelino y mintió; la disparó la tercera y no pudo convencerse de si había salido el tiro porque tuvo que inclinarse casi hasta el suelo para librarse de un golpe del negrazo, que cuan largo era cayó, hendida la cabeza como mazapán por la cuchillada que le asestó un compañero del comprometido subteniente.

El caballo de Miguel se dió la salida, el jinete no pudo

valerse y el *Chinaco* le llevó de los estribos un largo espacio.

Buen rato había pasado cuando el oficial despertó dolorido, con la ropa pegada al cuerpo y sin saber qué era de su caballo, ni menos de sus compañeros. Llovía á mares; el suelo estaba convertido en un inmenso lodazal; el cañón seguía oyéndose, pero como lejano y alternando con los disparos de las nubes.

Miguel se levantó calado hasta los huesos: un pie le dolía hasta parecer que se lo rajaban con hacha; la cabeza la tenía torpe y no se acordaba de nada de lo pasado. Vió muchos cuerpos tirados por el suelo, pero se fijó en ellos mucho menos que si hubieran sido troncos; mas sí reparó en un arbolillo que á distancia le ofrecía abrigo, y renqueando se encaminó á guarecerse, no sin tener que dar varias vueltas para no pisar cadáveres y maltratar heridos.

Bajo el árbol estaba un caballejo ensillado que dejó acercarse á Miguel con toda confianza; tenía la rienda rota, caído el freno y la silla destrozada de la teja; todos los arneses estaban ensangrentados y se hallaban en su sitio las pistolas. Con gran trabajo subió Miguel en el penco y aguardó á que la tempestad concluyera.

Caían aún grandes goterones cuando el oficial abandonó su asilo; el sol empezaba á salir de nuevo, y la tempestad, como fiera herida, se alejaba á toda prisa por

los montes, no sin remuzgar, tronando cada vez con menos ímpetu.

Miguel, que no podía darse cuenta de dónde estaba, volteó el cerro de Guadalupe y se encontró en un campo verde, sembrado de cebada, en que no se veía más soldados que los que se encontraban emboscados tras una iglesia que Miguel no conocía.

— ¿Usté viene del cerro, amigo? preguntó al fugitivo un charro que tenía señales de haber recibido toda la lluvia en los lomos.

Contó Miguel lo que había visto, y siguió el otro:

— Aquí estamos nosotros esperando el bien de Dios; casi no hemos peleado; apenas quemamos unos cartuchos contra los zuavos que quisieron apoderarse de Xonaca, y pare de contar. ¡Diablos de hombres! si se güelven cosa viva apenas oyen los tiros... Saben pelear, saben pelear, ni quien diga nada... Esto no es iglesia; es la Ladrillera, y el punto lo manda el coronel don Félix Díaz, el *Chato*, que es un león... ¡Caramba! ¡vaya si es valiente don Félix! ¡Y cómo le quiere su gente!...

No tardó en pasar, caballero en un potro colorado y seguido de tres ó cuatro ayudantes, un general que se introdujo en la iglesia de la Resurrección.

— ¿Lo conoce? dijo el charro dando de codo á Miguel. ¡Cómo le había de creer que no! Es Zaragoza, el general en jefe. ¡Qué hombre tan hombre! con él da gusto pelear

porque sabe el oficio. Nada parece, porque con esos anteojitos, y esa cara sin bigote, y esa piel trigueña, nadie le da importancia; pero tiene un alma que ni le avise. Dende onde lo ve ha estado dirigiendo todo, y apenas nota que hay algo, allá está para arreglar las cosas. Garza, Ayala, que es su secretario, y don Joaquín Colombres, que manda su estado mayor, quieren que se retire de los puntos peligrosos; pero él no les hace caso y sigue en su puesto.

Poco más habló el de Lanceros de Oaxaca, cuando vió Miguel que llegaba contra ellos una nube de soldados de á pie, seguidos á distancia por tropa de caballería. La llanura entre Loreto y el camino de México quedó cubierta con trajes azules y quepis blancos, y orlada por jinetes con dornanes rojos y grandes chacós negros. Tan violento fué el ataque, que Rifleros de San Luis empezó á ser diezmado y á retroceder, aunque en buen orden.

En eso atraviesa el campo un mozo de rostro atezado, de resuelto continente y ojos como carbones encendidos, que vestía una levitilla gris y un fieltro obscuro, y que montaba en un caballejo tordillo muy voluntario á la rienda. El joven, que lo parecía más aún á causa de su bigotillo incipiente, meneó la espada, dijo no sé qué, agitó el sombrero, y tras de Rifleros que se retiraba, vino un batallón que también se replegó en desorden. Entonces, acompañado de la gente que quedaba, salió al

frente el jovenzuelo moreno, lanzando rayos por los ojos y venablos por la boca.

— Ora sí semos de vida, dijo el de Oaxaca; ya tomó el mando Porfirio, y ese les da la gran *zuaca*... Acuértese de mí... Mire cómo se reponen el batallón de Salazar y el de Mariano Jiménez... Ya van tras él, ya lo siguen... ¡Qué templados! ¿pues no hacen correr á los gabachos?... ¡Maldita la tontería! ¿pues no llevan los cañones á mano?... Ora sí que vendría bien que fuéramos los Santos Santiagos... ¡Mírelos correr, amo; si parecen liebres!... Los amoló Porfirio, que tiene más *alilayas*...

En efecto, los uniformes azules se barajaban á toda prisa, llenos de terror y del deseo brutal de escapar la piel. En ese momento el jefe de las caballerías, que se ocultaban en La Ladrillera, gritó poniéndose de pie en los estribos:

— ¡Mano al sable... Al galope... March!...

Se oyó en ese momento el ruido de las hojas que salían de las vainas; los caballos espontáneamente alborotaron las crines, ventearon el aire cargado de átomos de polvo y de fragmentos de sangre, y partieron chapoteando en el lodo de la carretera para batir la derecha de los franceses. Marchaba primero, en un caballo sabino, un jefe que señalaba á los demás el punto que se buscaba: era el Chato Díaz que iba acuchillando enemigos sin piedad.

Miguel se encontró rodeado de franceses; pero lejos de atemorizarse, se sintió con bríos para cerrar contra ellos.

Uno rodó á sus pies atropellado por el caballejo que el muchacho había adquirido; otro recibió en la cabeza una cuchillada que le rompió algún hueso, y á puntazos, plañazos y mandobles deshizo el grupo que le cercaba.

A poco, confusión y alboroto entre los jinetes. De una zanja salían tiros, tiros que se aprovechaban casi sin errar ninguno, matando dragones en cantidad grandísima. Miguel se detuvo cuando la fuerza volvía grupas casi derrotada; mas á poco la zanja fué ocupada por las gentes de Mariano Jiménez, los marinos fueron desalojados y siguió la persecución.

Un oficialillo sin pelo de barba, animoso como un caballo nuevo y movedizo como un azogue, ordenó cargar de nuevo las piezas, que los soldados llevaban á brazos, y al pasar á su lado oyó Miguel que decía:

— Ahora con *campechana*, muchachos.

Y el tiro con metralla y granada salió haciendo tremenda mortandad entre el enemigo.

Al fin, cuando ya resultaba peligroso aventurarse más por entre los pantanos y las zanjas, cuando era posible caer en un barranco ó quedar preso en una emboscada, una voz varonil, grave y seria, que llenaba el campo y hablaba no sé qué en los oídos de los que la seguían, gritó desde la cabeza de la columna:

— ¡A ellos, muchachos; á ellos, que sino se volverán sobre nosotros!



Batalla del 5 de Mayo

Y todos iban tras aquella figura y tras aquel caballito blanco, que se metían en lo más recio del peligro. Bajaron la barranquilla que se encuentra al pie de Guadalupe, subieron hasta Rementería, y cuando iban más enardecidos en la persecución, se detuvieron violentamente: acababa Porfirio de recibir la orden de pararse. Los franceses se habían rehecho; pero iban ya de retirada, en dirección al camino de Amozoc, por donde habían bajado.

Miguel regresó poco á poco, con el sable inclinado, caída la rienda del caballo y sin darse cuenta exacta de lo que había acontecido. Morían rojos de sangre y entre paños rojos los valientes zuavos que habían ascendido por las colinas; el agua del sucio riachuelo que Miguel había visto por la mañana, las piedras y las hierbas de la margen, estaban cubiertas de púrpura, como si el sol que moría entre un lago de sangre hubiera mandado á la tierra el raudal que rebosaba de sus heridas.

